

# **LAS ANDANZAS DE PEDRO Y PABLO**



## Capítulo 1

### EL NUEVO FAUSTO

Pedro y Pablo son lo que hoy, con estúpido eufemismo, se les llama hombres de la tercera edad, esto es, que han pasado ya de la juventud, de la madurez y se acercan, peligrosamente, a las proximidades de... Bueno, dejemos ahí la edad. Por ir juntos durante los paseos matinales para conservarse en forma, a la taberna habitual a tomar unos chatos estimulantes y por observar con fruición y cierta codicia, en los días veraniegos, los cuerpos de las mozas e incluso de las mayores de buen ver, los llamaban, como a sus homónimos de los dibujos animados, “los Picapiedras”. Esto, además, porque uno de ellos, Pablo, había sido durante su vida activa marmolista. Pedro trabajó de funcionario en el archivo–biblioteca de un organismo oficial y presumía de tener vasta cultura, pues había leído mucho, no se sabe si por deber o por afición.

Un día que, sentados en el paseo público, pasaron junto a sus narices unas pizpiretas jovencitas en pantaloncitos cortos, que mal ocultaban lo que apenas pretendían ocultar, y con unas camisitas semitransparentes bajo las que, más que adivinar, se divisaban unos pechitos erectos balanceándose al ritmo de sus pisadas, Pedro no pudo evitar exclamar:

–¡Dios, que cosas tan bellas! Y nosotros sin apenas poder movernos.

–La edad, Pedro, que no perdona.

–Pero reconoce, Pablo, que no es justo. Cuando éramos jóve-

nes como ellas, apenas si podíamos verles los tobillos. Los vestidos de antes no permitían mostrar las curvas del cuerpo.

–Los tiempos cambian –sentenció Pablo.

Pedro recordó, por sus lecturas, a Fausto, el personaje de Goethe, que hizo un pacto con el diablo para recobrar la juventud, cediéndole por ello el alma

–¡Ay –volvió a exclamar– si pudiera volverse a ser joven!

Pedro le refirió, con los detalles que su mermada memoria le permitía, la historia de Fausto y del pacto que hizo con el diablo.

–Y ese “Guete” que escribió tal cosa ¿estaba bien de la molle-  
ra? –inquirió Pablo.

–Mira que eres torpe, Pablo. Se trata de una historia inventada, un poema dramático, no real. Si de verdad apareciera por el mundo Mefistófeles, el infierno estaría lleno de almas vendidas.

–Yo creo que, de todas formas, lo está –sentenció Pablo–.



Cartelera de la película – Wikimedia

Existen muchas cosas por las que nos vendemos a diario.

–Filosófico estás –aseveró Pedro.

Era habitual que Pedro y Pablo, como ejercicio físico, como ya se ha dicho, dieran largos paseos tanto por el parque como por las calles más concurridas. De vez en cuando descansaban en alguna de las múltiples terrazas situadas por la zona, tomando algún refresco o, ya próximo el mediodía, alguna rubia cerveza, mientras observaban a la concurrencia y, de forma especial, a las abun-

dantes bellezas transeúntes, ligeras de ropa en la época estival.

–Mira, Pablo, aquellas chicas.

–Pedro, que somos unos vejestorios con más de...

–¡Cállate! Los ojos son siempre niños.

–Cuando no tienen cataratas como los nuestros. Además, nuestras mujeres...

–Son unas ruinas. ¡Lo que destruye el tiempo!

–Y nosotros también –añadió Pablo con buen criterio.

Se quedaron callados y tristes. El deterioro de los años no perdona.

–Todo esto es injusto. Siempre deberíamos ser jóvenes –comentó Pedro.

–Pues lo que debemos agradecer es que estamos relativamente bien –dijo con acierto Pablo. Después se encaró con el amigo:

–Si como en el libro de ese tal “Guete” que me explicaste hace días, el diablo te ofreciera la juventud a cambio de tu alma, ¿tú qué harías?

–Aceptar –contestó Pedro sin dudarle.

–¿De verdad?

–¡Para lo que valgo! Mi mujer dice que no daría por mí ni un céntimo.

Continuaron su deambular pausado, como siempre, hasta que llegó la hora de regresar a sus respectivas casas.

Unos días después, Pablo sacó la conversación de la juventud, comentando unos hechos que la esposa le había referido.

–Cuentan por ahí –dijo– que una curandera, bruja o diablesa, como quieras calificarla, le ha devuelto la vista, el oído y el movimiento a un adolescente que sufrió un accidente y estaba desahuciado por los médicos.

–No digas tonterías, Pablo.

–Te lo aseguro; es un chico del barrio. Todo el mundo cree que es algo milagroso.

Pedro hizo un gesto de incredulidad. Sin embargo, al cabo de unos minutos, preguntó:

–¿Y dónde vive esa bruja, curandera o lo que sea?

–En una aldea próxima, cerca del río. Por lo que dicen, no tiene más familia que una cabra y un perro chato y feo. A mí me gustaría conocerla.

–¿Para qué, Pablo?

–Por simple curiosidad. Yo pensaba que esa clase de gente ya no existía, eran del tiempo de Maricastaña.

Pedro, después de pensarlo, le propuso ir a verla. Era como una excursión y así romperían la monotonía diaria.

–La aldea no está lejos. Con tu viejo Ford estaríamos allí en menos de una hora –indicó Pablo.

Y así lo hicieron. Una mañana, bien temprano, con el sol aún en el horizonte como desperezándose, y al paso cansino del destartado Ford, que jadeaba ruidoso, pusieron rumbo a la conocida aldea. Por el camino fueron trazando la estrategia a seguir, pues no iban, de golpe, a plantear la insólita pretensión de rejuvenecer, hasta no estar seguros de una mínima posibilidad de alcanzarla. Decidieron, por tanto, que Pablo fingiera tener un perenne dolor, como de lumbago, que no le desaparecía con ninguna medicina recetada por los numerosos médicos que le habían examinado.

Serían las nueve cuando encontraron el tortuoso camino que llegaba a casa de la bruja, a poca distancia de la aldea. Era empinado y el coche acusó la fatiga, subiendo con torpeza y exhalando vapor por el radiador. Al escuchar el ronco ruido del motor, un gigantesco perro de ojos brillantes y dientes afilados, ladró con tal rabia y agresividad, que ninguno de los dos se atrevió a bajar. Sólo se calmó aquel demonio cuando una voz cascada le ordenó enérgica:

–¡Quieto, Satán! ¡A callar!

Desde la entrada, una vieja arrugada y greñuda, vestida de negro y apoyada en un grueso y rústico bastón, los observó entre curiosa y sonriente, como si los esperara.

–Bajad, que el perro no os hará nada.

Pedro y Pablo, con precaución y temerosos, salieron del auto, se llegaron hasta la puerta de la casucha, no sin antes espantar a unas gallinas que picoteaban libres alrededor de la vivienda.

–Buenos días –saludaron al unísono.

–¿Queréis algo? –Preguntó la mujeruca–. Entrad y sentaros ahí.

Acomodados en unas renqueantes sillas de anea, miraban con curiosidad a la anciana que, con gran habilidad, ordeñaba a una hermosa cabra negra, extrayéndole blancos chorros de leche hasta llenar una desconchada olla. Cuando terminó la tarea se dirigió a ellos.

–Bueno, ¿y que deseáis?

–Pues... pues.... –tartamudeó Pablo–. Nos han dicho que tiene remedios para males.

–Es verdad –dijo

–Yo tengo unos dolores de espalda que no se me quitan con ninguna medicina.

–Eso es fácil de arreglar. ¿Qué más?

Sus ojillos, fijos como los de un reptil, brillaban enigmáticos.

–También –habló Pedro con cierta seguridad– queríamos saber si tiene algún poder o medicina para rejuvenecer, o vigorizar, a los mayores.

–Sí –afirmó ella–. Tengo remedio para devolver la energía de la juventud.

–¿A cambio del alma? –inquirió temeroso Pedro

–¿Para qué quiero yo almas, si es que las tenéis? Todo por cien euros.

Y sin esperar respuesta, entró en un cuartucho oscuro y poco después salió con dos botes en las manos.

–Tomaros una píldora, sólo una, el día que deseen o necesiten estar jóvenes. Venga la pasta y que os vaya bien.

Pedro y Pablo salieron de la casucha a toda prisa y, montados en el Ford, arrearon por el camino hasta la carretera a toda marcha, como si los persiguiera el diablo en persona.

Por la tarde, ya tranquilizados, mientras paseaban como cualquier día, repasaron todo lo sucedido por la mañana, mitad en broma, mitad en serio, reconociendo, desde luego, que no lo habían pasado bien, para acabar, con buen humor, riéndose de sí mismos.

—¿Crees que las píldoras serán efectivas? —preguntó Pablo.

—No seas inocente, Pablo —contestó Pedro—. Lo cierto es que nos ha timado.

—Pero la gente —insistió Pablo— habla maravillas de ella. Tal vez sean eficaces.

—Si acaso tendrán un efecto como esas que recetan los médicos para facilitar la relación sexual.

Al agregarse otro amigo al paseo, cambiaron de tema y, como era normal en los jubilados, charlaron del desastre de gobierno del país, de las pensiones y de los estúpidos políticos que nos regían y nos robaban

Unos días después, cuando consiguieron desprenderse de un pelmazo, volvieron a tratar del asunto que, desde el viaje a casa de la bruja, los traía sin sueño. Ninguno de los dos, por miedo o precaución, se había atrevido a ingerir la misteriosa píldora. Ignoraban, por consiguiente, los efectos de ella. Por otra parte, tampoco querían explicar nada a sus esposas que, con absoluta seguridad, se habrían burlado de sus pretensiones seniles, en un supuesto fracaso, o se espantarían con un improbable éxito, exigiendo conocer la causa del prodigio.

Así pues, tras mucho cavilar, llegaron a una conclusión que parecía lógica: rejuvenecer, volver a la juventud como Fausto, era una memez y estaban seguros de que no ocurriría. A lo sumo, como dicen de algunos medicamentos, se produciría una transitoria potencia que facilitaría un mejor goce sexual, ya casi olvidado. Pero, antes de su uso con cierta habitualidad, lo prudente sería probarlo en secreto. Y aquí es donde se suscitaron las mayores dudas. A las respectivas consortes, por un sensato sentido de la responsabilidad,

no querían exponerlas a un posible daño o perjuicio “colateral”, como se dice ahora. Habría, pues, que buscar alguna aventura extraconyugal, lo que en la pequeña ciudad donde vivían era difícil de ocultar. Entonces a Pablo, que era muy temeroso a las reacciones conyugales, se le ocurrió hacer el experimento en la capital, no muy lejana, pero en la que era fácil escabullirse y abundaban los lugares apropiados, como “night club”, salas de fiesta o masajes, en los que bajo estas eufemísticas denominaciones, se ejercía o propiciaba el oficio más viejo del mundo. El problema se centraba ahora en hallar la excusa para el desplazamiento, eludiendo la compañía marital. Y es aquí donde Pedro tuvo una idea luminosa: la corrida de toros nocturna, anunciada para un día próximo. Ellas odiaban los toros y jamás consentirían ir con ellos.

Y sucedió así. Ellas se negaron con rotundidad a desplazarse para tal bestialidad y, aunque ambos insistieron –no mucho, claro está–, la decisión de sus costillas fue inquebrantable.

Allanado así el camino, aquel histórico día, al anochecer, enfilaron el vehículo hacia la capital y en poco más de una hora, después de varias vueltas, consiguieron aparcar. Como por los anuncios del periódico provincial sabían las direcciones de varios locales, tomaron un taxi y se dirigieron al local escogido para la gran aventura: el NIGHT CLUB.

El taxista, con socarrona sonrisa, los dejó a la entrada y Pedro y Pablo, como niños que van por primera vez al colegio, asustados y temerosos, se dirigieron despacito a la puerta, junto a la que se encontraba un fornido hombretón, con una chaqueta roja de botones dorados y una especie de chorreras que le daban aspecto de general. Los observó con curioso detenimiento mientras ellos, tímidos y un poco angustiados, aguardaron lo que les parecía una sentencia. El hombretón, tras rascarse dubitativo la barbilla, con voz bronca, tonante, les indicó:

–Adelante.

Entraron, como cualquier inexperto, con titubeos y dirigiendo sus miradas hacia todos lados. La semioscuridad de la amplia sala, sin embargo, les impedía caminar con decisión. Distinguieron, al fondo, una amplia barra y entre tropezones, deslumbrados en ocasiones por unos proyectores giratorios que emitían haces de luz de variados colores, hacia allí se dirigieron. El atronador volumen de la música casi les impedía entenderse. Acomodados, por fin, en unos altos taburetes, el barman les preguntó:

–¿Qué les sirvo?

–Pues...

Una voz a sus espaldas contestó por ellos:

–Cuatro whiskys.

Se volvieron rápidos y sorprendidos. Dos chicas se les habían acercado.

–Nos invitáis, ¿no? –afirmó, más que preguntó, una de ellas.

–Sí, claro –respondió Pedro.

–Me llamo Margarita, ¿y tú, guapetón?

–Yo, Pedro.

En parecidos términos, la otra chica, una rubia teñida, estableció conversación con Pablo.

Tras ingerir un par de vasos de aquella bebida, explosiva para ambos hombres, que no estaban acostumbrados, Margarita propuso:

–¿Nos sentamos en aquella salita, que es más íntima?

Así lo hicieron. Una vez acomodados, pidieron más bebidas. Las muchachas ingerían sin cesar, como si tuvieran por estómago un pozo sin fondo, y pese a ello se hallaban tan frescas. Charlaban y charlaban sin parar. Contaron sus vidas y hazañas. Margarita era colombiana y la rubia, gallega. Trabajaban allí por circunstancias adversas de la vida, pero lo que deseaban era encontrar unos hombres formales que las liberaran. Pedro, más hábil que Pablo –que estuvo a punto de contarles sus vidas–, explicó que eran catalanes y estaban allí por negocios.

–¿Bailamos? –preguntó Margarita a Pedro, levantándose y cogiéndolo del brazo.

Ante la altura de la chica, aumentada con unos enormes tacones, Pedro comentó:

–Va a parecer que me llevas al colegio.

Ella, entonces, se desprendió de los zapatos y, descalza, lo arrastró a la pista. Pedro, a pesar de esta acción elegante de la chica, como era más bien bajito, apenas alcanzaba a rozar con su barbilla los turgentes senos de la pareja. Cuando llevaban algún tiempo bailando, Margarita, al oído, le sugirió:

–¿Subimos a un reservado?

Pedro, recordando el objeto de la aventura, asintió con un gesto. Cogidos de la mano regresaron a la mesa, apuraron la bebida y Margarita comunicó a la compañera:

–Nosotros nos vamos arriba.

–Yo espero aquí –se apresuró a decir Pablo, lleno de pánico.

Pedro aprovechó la bebida para tomar, con disimulo, un par de píldoras (por si acaso, pensó) y, casi arrastrado por Margarita, subieron por unas escaleras del fondo. En la pista, mientras tanto, una jovencita, casi desnuda, se contorsionaba en una barra vertical y realizaba increíbles movimientos eróticos.

El reservado era un cuarto pequeño, con una cama y un lavabo. Margarita, con estudiada lentitud, fue desprendiéndose de las vestiduras, descubriendo, pícara, partes de su cuerpo. Primero los pechos –cervatillos mellizos como cantara Salomón–, increíblemente bellos y sólidos, pese a la profesión y edad de Margarita.

Pedro, que no acertaba ni a quitarse la chaqueta, ya fuera por la emoción del momento, ya por el exceso de alcohol que había bebido, ya por las malhadadas píldoras consumidas, sintió de repente un extraño sudor frío, después todo comenzó



a darle vueltas, a girar vertiginosamente, y sus ojos se nublaron, las fuerzas se le fueron, perdió el equilibrio y cayó redondo sobre la semidesnuda mujer, expulsando espumarajos por la boca. Y todo se apagó.

Una tenue luz comenzó a penetrar por los ojos de Pedro, y una borrosa imagen, como envuelta en una espesa niebla, se fue dibujando y, poco a poco, convirtiéndose en un bello rostro de mujer, que le miraba cercana, con atención creciente, con una especie de linterna.

–¡Margarita! –murmuró débilmente, con desesperada ilusión.

–Menudo susto nos ha dado su corazón, abuelete –escuchó que le decía la supuesta Margarita–. Soy la doctora que le ha recuperado.

Entonces se dio cuenta de que estaba conectado a extraños aparatos, cuyas pantallas dibujaban gráficos de forma continua, a la vez que emitían intermitentes pitidos; quiso mover los brazos pero estaban sujetos y con las venas sembradas de agujas, inyectándole líquidos desde varias botellas colgadas alrededor de la cama. Al fondo divisó la cara compungida de Pablo.

–Esto va bien –comentó la doctora, después de un amplio examen. Y dirigiéndose a Pedro, con un poco de sorna:– Ya no está para aventuritas como ésta, abuelo. Luego volveré. Duerma un poquito.

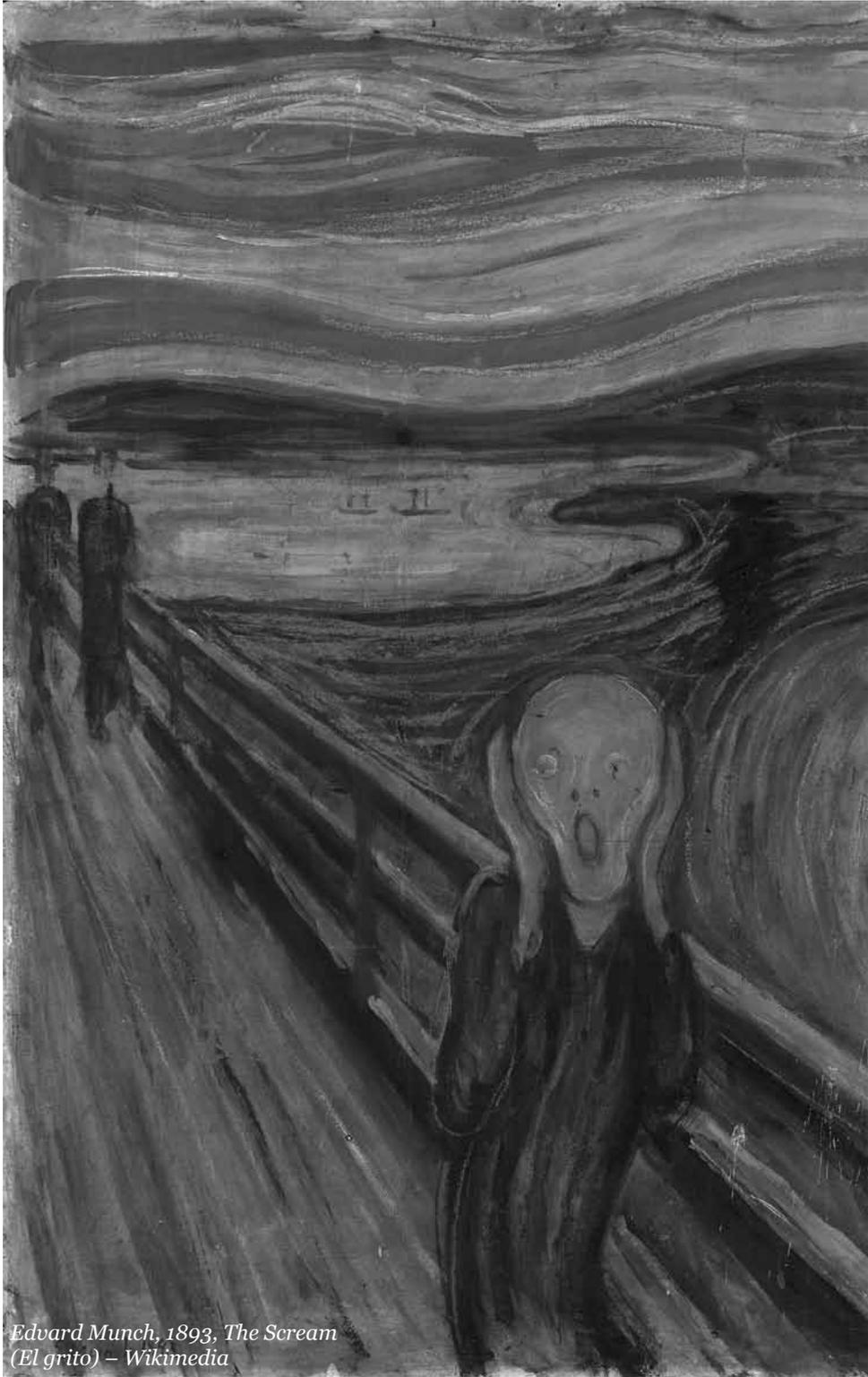
Pedro cerró los ojos y, ya consciente, recordó lo sucedido. Luego pensó: en maldito infierno me ha metido la maldita bruja. Habrá que oír a mi mujer.

Mas, por fortuna para él, no ocurrió así. Pablo, por una vez, tuvo la suficiente discreción e ingenio para dar una versión distinta de los hechos. Pedro se había puesto malo en la corrida, fue trasladado en ambulancia al hospital y, por suerte, superó un grave infarto. Ya en casa, las respectivas esposas, que estuvieron discretas e incluso cariñosas durante la estancia en el centro sanitario, siguiendo la inveterada costumbre, riñeron y criticaron agriamente sus escapadas y salidas sin la necesaria y beneficiosa vigilancia de ellas, para evitar

las torpezas de ambos. Pedro y Pablo se miraron y, gacha la cabeza, dejaron que se desahogaran gruñendo. Pero Pedro, aunque no lo dijo, nunca se arrepintió de la aventura; en lo más íntimo se sentía frustrado por no haber conseguido la utopía de volver a una nueva juventud, como Fausto.

9-2013





*Edvard Munch, 1893, The Scream  
(El grito) – Wikimedia*

## Capítulo 2

### LA PSICOFONIA

Pedro y Pablo, aunque siempre iban juntos, casi nunca estaban de acuerdo. Discutían de todo y por todo mostrándose, de manera habitual, discrepantes y opuestos. Rara vez coincidían en sus ideas o en sus apreciaciones. Mas, pese a ello, la verdad es que se apreciaban y no podían pasar el uno sin el otro.

Una tarde, durante el paseo habitual, Pablo preguntó a su amigo:

–¿Te has enterado de lo ocurrido en las ruinas de la “mansión” de la serrezuela?

–¡Bah! La gente es idiota –fue la contestación de Pedro.

–No. Me lo han contado personas muy serias y respetables. Allí ocurre algo raro.

–¡Tonterías!

–Nada de tonterías. Se han visto de noche luces extrañas y son bastantes los que al pasar cerca o resguardarse allí de la lluvia, han oído ruidos, voces quejándose, gritos apagados como de alguien que fuera torturado.

–Se lo han imaginado –sentenció Pedro–. La gente es miedosa y cobarde.

–Quienes me lo han contado son personas serias.

–En este país lo que falta es cultura –repuso Pedro.

–¿Tú no crees en un más allá?

–Yo dudo hasta del más acá.

–Eres duro de mollera.

Pedro no contestó y siguieron caminando. Pablo, después de un largo silencio, comenzó a hablar contando los extraordinarios sucesos de los que se había informado: angustiosos gritos en la noche, luces que se encienden y apagan, ruidos espeluznantes tras los ruinosos muros, voces tenebrosas, gemidos, amenazas lúgubres, peticiones imprecisas de socorro y una larga serie de fenómenos que escapaban a la comprensión de quienes los oyeron, aterrorizados.

–¡Majaderías! –exclamó Pedro.

Pablo, ya mosca e irritado, le espetó:

–¿Te atreverías a ir allí de noche?

Pedro, sorprendido, no acertó en principio a contestar, pero tras pensar un poco en el papel que significaría negarse, con no mucha energía, contestó:

–Pues claro... Es una pérdida de tiempo, pero no quiero que me consideres un cobarde.

Pablo, que era miedoso, se vio a su vez cogido y no pudo evitar que planearan una visita a las ruinas. Aparte de comprobar los sucesos que allí acontecían, tenían que obtener pruebas de lo que ocurriría. Debían, pues, hacerse con una buena grabadora que recogiera con precisión cualquier ruido.



*Gotograma de la película "A Ghost Story", Ideaman Studios*

Durante unos días se dedicaron a pertrecharse de cuantos instrumentos y objetos consideraron necesarios: grabadoras, prismáticos de visión nocturna, incluso algunos cuchillos bien templados para una posible defensa, pues no les gustaban las armas de fuego. Y una noche, sin hacer caso a las protestas y apelativos injuriosos de las esposas, no muy tranquilos, se encaminaron hacia las tenebrosas ruinas, dispuestos a comprobar la veracidad de cuanto la gente decía.

Casi una hora tardaron en llegar. La noche estaba oscura, sin luna y con escasas estrellas en el cielo. Marchaban despacio, con torpeza, cuidando de no tropezar por el pedregoso sendero, lleno de baches y obstáculos, que la negrura nocturna impedía ver. Llegados a la semiderruida mansión, con ayuda de las linternas, entraron. Después de investigar el lugar, decidieron colocar una de las grabadoras en una habitación en la que existía un renqueante y sucio sofá y la otra en la sala colindante. Ellos se ocultaron en un rincón cercano a las estancias, pero que poseía el claro de una inexistente puerta. Inconscientemente, tal vez, buscaron un lugar con fácil salida, por si acaso.

Quietos, callados, atentos los oídos, pasaron varias horas. De vez en cuando los sobresaltaba algún crujido, el vuelo de un búho, el chillido de sucias ratas. A Pedro se le cerraban los ojos y estaba a punto de producir su estruendoso ronquido, cuando Pablo lo sacudió nervioso y, muy bajito, le indicó que escuchara atento. En efecto, el ruido de unas pisadas cautelosas se escapaba de la habitación cercana. Igualmente creyeron percibir un impreciso rayo de luz que desapareció rápido. Silencio breve y más tarde como una especie de bisbiseos. Nuevamente silencio. Al poco tiempo escucharon unos extraños ruidos, como de rozamiento. Los dos amigos, apretujados para protegerse, muy alertas los oídos, fueron escuchando un crujido que aumentaba a un ritmo cada vez más acelerado y, repentinamente, unos leves gemidos que también crecían, crecían como aquel ritmo... hasta que, muy claros, oyeron unos ayes que les erizaron los pelos y, como culminación, un “¡Aayy!” agudo y prolongado que les obligó,

con un automatismo increíble, a salir casi volando por el claro de la puerta y recorrer con velocidad acelerada el accidentado sendero, deseosos y anhelantes por llegar a la ciudad.

Cuando estuvieron en sus hogares, pálidos y temblorosos, ahogándose aún a causa del esfuerzo, se metieron muy despacito en sus respectivas camas, procurando no despertar a las parientas, que dormían plácidas.

Ya entrado el día, sin haber podido pegar ojo los aventureros como consecuencia del susto, las mujeres exigieron, más que preguntaron, el relato de lo sucedido aquella noche.

Pedro y Pablo, entrecortadamente, contaron todo lo acaecido y cómo, llenos de pánico, huyeron del lugar. Ellas rieron con guasa y pidieron oír la grabadora, cosa imposible en aquel momento, pues en la precipitada huida olvidaron todos los pertrechos de que se habían provisto. Más bien obligados que interesados, Pedro y Pablo, terminado el desayuno, volvieron a emprender el camino hacia las inquietantes ruinas, casi deseando que los aparatos hubieran desaparecido. Pero no, estaban allí. Tras recorrer y observar todos los rincones sin hallar nada extraordinario, regresaron a casa con las grabadoras, linternas y demás utensilios olvidados.

Las mujeres esperaban impacientes y, sin reconocerlo, preocupadas. No más llegaron los nocturnos aventureros, presionados por ellas, pusieron en marcha una grabadora para conocer cuanto había recogido. Al principio, como era lógico, con una nitidez asombrosa, escucharon los cuchicheos y ruidos de Pedro y Pablo. Después un largo silencio, roto en ocasiones por los crujidos imprecisos del precavido caminar de cualquier animalillo, el vuelo de algún búho y nada más. Pasado un largo espacio de tiempo –casi tres horas– se escucharon como unos pasos sigilosos y unos sonidos no identificables. Todos estaba tensos e impresionados. Algo más tarde comenzaron como unos rozamientos suaves a los que siguieron tenues gemidos. A los cuatro se le erizaron los cabellos y estuvieron al borde del des-

mayo, cuando del aparato salió el “¡Aaay...!” prolongado que puso en fuga a los valientes investigadores. Todos estaban pálidos y tan temblorosos, que derribaron de la mesa la grabadora.

–¿Veis como era verdad? –dijo Pedro.

Las mujeres, no repuestas del susto, callaron y se miraron.

–Son voces del otro mundo –se atrevió a afirmar Pablo.

Ninguna le contradijo, tan sorprendidas estaban. Pero pasada la impresión, la mujer de Pedro propuso seguir escuchando la cinta para conocer todo lo que se había grabado desde el momento de la huida.

–¿Y si es algo horrible? –inquirió, temeroso, Pablo.

–Aquí no puede ocurrirnos nada –comentó su mujer.

Pusieron de nuevo en marcha el aparato, pasando rápido lo ya escuchado, incluido el horrible grito. Al repetir éste hubo quien casi se desmaya, pues era cierto que no parecía causado por tortura a un ser humano... Seguidamente, y esto era ya nuevo, volvió a oírse otro “¡Aaayyy!” largo, largo y fuerte, no reprimido, que estuvo a punto de obligarlos a parar la grabadora, si no hubiera sido acompañado de una voz de mujer que añadía: “¡Pepe! ¡Ay, Pepe, que esto es para morir...! ¡Sigue, sigue...!” Un breve silencio y, entonces, una voz ronca de hombre, preguntó:

–¿Has oído esos ruidos? Parece que había alguien escondido por ahí cerca.

–¡Qué más da! En la oscuridad de la noche nadie nos conocerá.

Pedro, Pablo y sus respectivas consortes quedaron petrificados, mirándose unos a otros con asombro y perplejidad. Tras una indecisa pausa, una de ellas soltó una carcajada mientras exclamaba:

–¡Vaya una psicofonía con espíritus de furcias del otro mundo! Tenemos los maridos más imbéciles del pueblo.

Ellos, avergonzados, baja la cabeza, no se atrevieron a realizar ningún comentario, mientras las mujeres reían a mandíbula batiente.

9–2013



## Capítulo 3

### LA MANIFESTACIÓN

Pedro y Pablo llevaban una larga temporada gozando de un sosiego y tranquilidad como en muchos años no habían tenido. Sus respectivas costillas, ellos ignoraban la causa, ni tampoco les preocupaba mucho, estaban muy ocupadas y apenas les asaeteaban con sus duros comentarios y críticas; si acaso les hacían algunos encargos para la casa y los dejaban marchar sin requerirles urgencias ni interesarse por sus andanzas, lo que en verdad era sorprendente.

Sin embargo, como tal situación los favorecía, se aprovechaban de ella y con mayor intensidad, se dedicaban a sus paseos, disfrutando la buena temperatura de un otoño poco agresivo y nada



*Autobús de manifestantes del 8M – eldiario.es*

lluvioso, que les permitía contemplar y admirar, todavía, a las bellezas transeúntes, observadoras de escaparates atestados de prendas del futuro invierno, o que saboreaban en las terrazas alguna bebida refrescante, con las piernas cruzadas, insinuantes y provocadoras.

Pero este pacifismo hogareño, no obstante, dado el largo tiempo que duraba, llegó a preocuparles y hubo un momento en que se preguntaron, ya extrañados, sobre lo que motivaría tan extraordinario acontecimiento. Y entonces decidieron observar, con discreción, a sus mujeres, informarse bien de sus ocupaciones y enterarse de las múltiples reuniones que celebraban con sus amigas y que ellos atribuían a colaboración con alguna ONG de las que se ocupan de enviar cosas a los negritos africanos.

Mas no tardaron en enterarse de lo que en verdad acontecía. Ellas mismas, de sopetón, un día expusieron sus propósitos, que los incluía a ellos:

–Haceros a la idea de que el miércoles vamos de viaje.

–¿Y eso...? –preguntó asombrado Pablo.

–Iremos a Madrid, a una manifestación –respondió su mujer.

–Una manifestación, ¿para qué? –inquirió Pedro.

–Para defender los derechos de la mujer, su igualdad y su libertad –expuso con agresividad la esposa.

–Pero si sois las que mandáis... –se atrevió a contradecir Pablo.



Manifestantes – El País, Álvaro García



–¡Vosotros a callar y a obedecer!

–Pero...

–¡Lo dicho! –casi gritaron al unísono las dos.

Ellos, entonces, se encogieron de hombros y, dóciles, callaron y esperaron a que pasara la tormenta.

Pero la tempestad no pasó. Todo estaba ya muy bien organizado, contratados un par de autobuses y dispuesto un nutrido grupo de mujeres, incluidos los maridos, que se desplazarían a la capital para exponer sus reivindicaciones ante los poderes y legisladores del Estado. Sólo les quedaba aceptar lo inevitable con paciencia y, eso sí, aprovechar el viaje a Madrid lo mejor posible, si los dejaban.

Y llegó el día clave, el día de la marcha; mejor dicho, la noche, pues de noche había que salir para estar allí a tiempo. Los autobuses se llenaron, lo que demostraba que la labor de las mujeres había sido eficaz. Abundaban las jóvenes, sonrientes y habladoras, bastantes señoras de mediana edad, viudas unas, divorciadas otras; diversos matrimonios y algún que otro muchacho, se supone que novios de chicas o habituales de la diversión, de los jaleos y de las organizaciones juveniles de los partidos o ideologías propagadoras de cambios, de movimientos y de doctrinas que buscan un mundo distinto, se supone que para bien de todos y de todas, como se dice ahora, con poco respeto para el estilo literario clásico.

Durante parte del trayecto, especialmente al principio, el jolgorio y alboroto resultaron impresionantes: las chicas, y los chicos, cantaban, gritaban consignas como libertad, aborto, amor libre, abajo

los carcas. Después entonaron canciones, pícaras algunas, de la última ola otras, vivas a la revolución, mueras al FMI, a la Merkel, a la UE, al capitalismo, a los desahucios, a los bancos, al sistema. Con el transcurrir del tiempo, todo se fue calmando, el sueño se apoderó de muchos, especialmente de Pedro, que comenzó a emitir sus sonoros ronquidos, capaces de impedir una conducción correcta, por el bamboleo que imprimían al vehículo, sin que pudiera impedirlo la esposa, a pesar de los codazos con que trataba de despertarlo. Al amanecer casi todos dormían; incluso el chofer, pese a los chutes de café que de vez en cuando se administraba de una enorme cantimplora, apenas podía espantar el sueño, lo que le obligó a parar en una gasolinera, con prudencia, hasta despejarse.

Pero llegaron a tiempo. Bajaron cerca de la Carrera de San Jerónimo, muy próximos al Palacio de las Cortes. Allí se encontraban ya concentrados unos centenares de personas, que aplaudieron la llegada de los nuevos manifestantes. Pablo, temeroso como siempre, preguntó a Pedro:

–¿Nos pasará algo? Hay mucha policía por ahí.

–No te preocupes –le respondió Pedro– Hoy se tolera todo y no ocurre nada, salvo que digas, como Jorge Manrique, que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Entonces te insultarán y te llamarán fascista.

Se hizo un silencio. Tres atractivas chicas se habían subido a uno de los leones que vigilan la entrada principal del Congreso y, una de ellas, con el chisme ese que sirve para aumentar la voz hasta romper los tímpanos más duros, comenzó a hablar.

–Compañeras y compañeros. Estamos aquí para exigir libertad e igualdad. Para todas y todos. Todos y todas somos iguales, tenemos los mismos derechos, las mismas obligaciones. Todas y todos somos seres humanos, sin distinción las unas de los otros. No se nos puede exigir a nosotras lo que no se exige a los hombres. Si hay que estudiar, estudiaremos todas y todos; si hay que trabajar, trabajaremos todas y todos; si hay que disfrutar, disfrutaremos todas y todos; si hay que

sacrificarse, nos sacrificaremos todas y todos; si hay que inventar e investigar, lo haremos todas y todos: si hay que luchar, lucharemos todas y todos. Somos iguales, sin distinciones. La morfología es un error de la naturaleza que tenemos que corregir. No podemos consentir que, sin nuestra voluntad, se nos haga diferentes, por un simple accidente, por un simple azar del que no somos culpables. Eso es de justicia, de la más clara y evidente justicia. No caben distinciones que mermen facultades y acciones de unos seres y otros, de todas respecto a todos. Si los hombres no paren, ¿por qué han de parir las mujeres?

—¿Eso es posible, Pedro?

—Calla, veamos por dónde sale.

La muchacha prosiguió vehemente: Hay que corregir esos errores de una Naturaleza evidentemente machista y discriminadora. Mientras se encuentran o descubren medios para evitar esas diferencias, hay que proclamar con la mayor energía y, si es preciso, violencia, el derecho inalienable al aborto. ¡El aborto es nivelador! ¡El aborto es equitativo! ¡El aborto es sagrado!

—¡Toma ya! —exclamó Pablo.

—Calla, hombre, que nos vas a meter en un lío.

La chica proseguía: Tenemos que obligar a los legisladores a dictar las leyes que impidan cualquier diferencia o discriminación de todos y todas. Entremos, pues, al hemiciclo a exigirlo. ¡Adelante,



Protesta de Femen en el Congreso  
— La Vanguardia, Emilia Gutiérrez



Activistas de FEMEN – Agencia EFE

todas y todos!

Y bajándose del adusto león de bronce, seguidas de los manifestantes, se dirigieron a la puerta del Palacio.

–Ahora sí que nos detienen –indicó Pablo.

–No te preocupes, esto debe de estar preparado de antemano por algunos diputados. No pasará nada, ya verás. Tengo curiosidad por lo que ocurra.

Una vez dentro, sin que nadie impidiera el paso a los palcos de invitados, las jóvenes que en realidad dirigían el cotarro, apoyándose en las columnas y en la barandilla metálica, volvieron a gritar:

–¡Libertad! ¡Libertad! ¡Somos iguales! ¡Igualdad! ¡Igualdad!

Y ante la sorpresa de los políticos acomodados en el hemiciclo que, de pie, miraban asombrados, una de ellas ordenó:

–¡Mujeres, saquemos pecho!

Con un rápido automatismo que parecía ensayado, toda la muchachada femenina se desprendió de sus ligeros suéteres y dejaron a descubierto –!oh insólita maravilla!– unos pechos bien formados y erectos, pintarrajeados con la expresión “el aborto es sagrado”.

Los diputados, boquiabiertos, miraban interesados –¿y complacidos?– el espectáculo; algunos, présbitas o con visión endeble,

se apresuraron a colocarse las antiparras para ver con todo detalle. Los progres y menos progres, incluso los retroprogres, aplaudieron o hicieron el intento de aplaudir, mientras ellas seguían vociferando su “!el aborto es sagrado”! y mostrando las espléndidas dotaciones pectorales con que la naturaleza las había regalado.

Pedro y Pablo, ante el gesto de sus mujeres para desprenderse también de sus ropas superiores, las sujetaron con fuerza, impidiendo el intento. Después, y por temor a que las cosas se complicaran, las arrastraron hasta la salida con una energía para ellas inesperada y sorprendente.

Como almas que persiguiera el diablo, los cuatro, mirando atrás por si los perseguían la policía, corrieron hacia el lugar donde aparcó el autobús. Por suerte para ellos continuaba allí, con el conductor dormitando. Subieron apresurados y se refugiaron en él, poniendo la mejor cara de inocentes que sabían. Pero lo cierto es que nadie los siguió, salvo los demás componentes de la expedición que, también nerviosos, trataban de escapar de una posible represalia. La policía y demás autoridades no habían dado mayor importancia al suceso y, después de eliminado el extraño tumulto, dejaron que todos marcharan sin ninguna complicación.



*FEMEN España*

Pablo, como de costumbre, tenía miedo y no cesaba de pedir una pronta marcha, lo que acabó consiguiendo, pues la mayoría también estaba poseída de ciertos temores. Completo el pasaje, el autobús arrancó y, hasta que salieron de Madrid, no recobraron por completo la calma.

Ya tranquilos, cuando la ciudad quedó atrás, la mujer de Pedro se dirigió a él, con cara huraña de enfado, y le espetó:

—¿Por qué nos habéis impedido acompañar a las muchachas en el destape?

—Mujer, es que lo mostrado por ellas, si no sagrado, sí era casi una gloria.

—¿Qué quieres decir? Las nuestras bien que os gustaban.

—Pero el tiempo no pasa en balde, ya son casi un pecado —se atrevió a explicar Pablo.

—Sois unos sinvergüenzas. Ya hablaremos en casa.

—Pero mujer —dijo Pedro— ¿no observasteis la avidez con la que miraban los diputados? Si las mayorcitas hubierais hecho lo mismo, lo probable es que el hecho provocara una loca estampida de los padres de la patria.

—¡Caraduras! —exclamaron a un tiempo. Y desviaron sus ojos chispeantes hacia la ventanilla en señal de desprecio.

Pedro y Pablo se miraron sonrientes y durante largo rato permanecieron callados, como si dormitaran. Pasado algún tiempo, Pablo, muy bajito, preguntó al amigo:

—Pedro, si las madres de esas chicas las hubieran abortado en su día, ¿qué habría ocurrido?

—Pues que la naturaleza no hubiera podido modelar unas obras tan perfectas, ni nosotros contemplar un espectáculo atractivo, espléndido e insólito.

—Ji,ji,ji... —rio apagadamente Pablo.

## Capítulo 4

### LOS POLITICOS PEDRO Y PABLO

Hoy la sociedad se ha convertido en un putrefacto caldo, espeso y repugnante, compuesto por los ingredientes malolientes en que las acciones humanas han sido transformadas, por obra y gracia de todos los pecados capitales y de algunos otros que aún no han sido clasificados como tales, pero que tal vez los superan en maldad y egoísmo.

El ambiente en que vivimos no es puro, éticamente hablando, ni apto para una vida, no ya ejemplar, sino medianamente normal, honrada, segura y tranquila. Los políticos que gestionan y dirigen la convivencia en los pueblos, regiones y países, no buscan el bienestar de los ciudadanos, sino su personal beneficio, ya sea en poder e influencia, ya sea en riqueza, que les permitan escapar de cualquier castigo en lugares alejados, fuera del control y facultades de la justicia, pese a lo disminuida que se encuentra ésta.

La consecuencia de esta situación es que la gente se siente engañada y ha dejado de creer en los partidos formados por los políticos y no quiere seguirles el juego en esa farsa que representan las elecciones. De ahí que en la pequeña ciudad de Pedro y Pablo todo el mundo se niegue a ser candidato en los cercanos comicios. A alguien, con un raro sentido del humor, se le ocurrió formar un novísimo partido, encabezado por los dos amigos, que todos conocían por sus

excentricidades y extrañas aventuras. La verdad es que costó bastante convencerlos y sólo cuando recurrieron a la probada probidad de ambos y a sus inquietudes por las novedades, aceptaron con bastantes reticencias, pues exigieron facultades indiscutibles para actuar con absoluta libertad y cambios sustanciales en la forma de gobernar. Como en realidad todo había comenzado en broma, destinada a ridiculizar a los profesionales de la política, nadie pensó nunca que la cosa prosperara; por ello aceptaron cuantas locuras exigieron los propuestos. Pero la gran sorpresa se produjo cuando la insólita iniciativa, ya por causa del hartazgo de los ciudadanos, ya por el desprecio hacia los aprovechados mandamases y el deseo de castigarlos, el improvisado partido, como una bola de nieve al caer por la montaña, fue creciendo, creciendo, hasta superar en número de seguidores y afiliados a todos los demás ya existentes.

Y aconteció que llegado el día de la votación, pese a las vaguedades del programa, a las disparatadas propuestas e intenciones en él contenidas, Pedro y Pablo y todo el relleno de la lista con los personajes más extraños y fuera de lo común que los acompañaban, salió elegida casi por unanimidad de la población. Los que habían hecho de la política una profesión, o casi, quedaron estupefactos y no pocos aterrados, no se sabe si por temor a la debacle que podían provocar los nuevos mandatarios o por la pérdida del status y prebendas de los que disfrutaron y abusaron en el pasado.

Llegado el día de la toma de posesión, el salón plenario abarrotado de público, amén de una pantalla gigante en la Plaza Mayor para que nadie se perdiera el suceso, pues la población entera así lo deseaba, Pedro, Pablo y todos los demás compañeros triunfadores juraron, muy serios sobre una enorme Biblia, cumplir las promesas realizadas que convertirían a la ciudad en un emporio de bienestar como jamás se había conocido.

Ha de advertirse que tanto Pedro como Pablo, desde que decidieron dedicar su actividad a la política, habían procurado aprender

e informarse, mediante una intensa lectura de libros sobre los temas con ella relacionados, llegando, en ocasiones, hasta el agotamiento. Teorías, sistemas, historia atiborraron sus cabezas sin que, de todas formas, como es natural, esta buena voluntad para conocer y obtener información suficiente con el fin de elaborar un plan pragmático y eficaz, produjera un resultado óptimo. Lo cierto es que tenían buena intención pero no sabían como materializarla. Por ello, en el discurso del memorable acto de hacerse con el poder y eliminar a la oposición, Pedro se limitó a cuatro vagas manifestaciones populistas, de esas que entusiasman a la gente, reservándose para meditar y programar con eficacia la futura actuación con sus compañeros.

Y así lo hicieron. En continuas reuniones, invirtiendo horas y horas sin límites, fueron diseñando la evolución, o más bien revolución, que convertiría a la ciudad en un colectivo único, nunca conocido en la historia del género humano. Para ello tenían que desprenderse, o separarse, del resto del país. Les valió como apoyo básico el hallazgo filosófico-político catalunyanés de “el derecho a decidir”; todo pueblo, sea cual fuere su tamaño, y cada persona, tienen un derecho natural a decidir lo que quieran y deseen. El principio, sin embargo, implica tantas consecuencias que Pedro, prudente, hubo de matizar en la Asamblea:

–Este “derecho a decidir” debe ser limitado. No será aplicable ni a las aldeas, anejos, barrios, calles o viviendas, pues se llegaría al absurdo de que el pueblo desaparecería como tal e incluso cada familia, o individuo, podrían proclamarse, por la misma lógica, entes independientes, provocando el caos.

Después de pensarlo y tras breve discusión, y no pocas protestas, todos estuvieron de acuerdo: únicamente la ciudad, con su término, sería independiente e indivisible.

El segundo tema abordado fue el de la “igualdad”. Aquí resultó fácil el consenso. Ante la ley todos serían iguales; otra cosa es que habrían de respetarse las desigualdades que la propia Naturaleza establece, para que las distintas personas sean complementarias, no



competitivas ni enemigas y, por consiguiente, lograr que la especie no se extinga.

–Además –indicó, acertado, Pablo– como cuenta cierto chiste mejicano, a la afirmación de alguien de que “en mi tierra todos machos”, otro le respondió: “pues en la mía mitad y mitad y lo pasa-

mos muy bien”.

La siguiente cuestión examinada fue algo importante: la educación. Pedro, como el más culto, hizo una exposición sobre su necesidad incuestionable pero, al estar de moda la ley del mínimo esfuerzo, debía limitarse a enseñar las cuatro reglas, la lengua con sus peculiares modismos locales, la geografía con sólo los montículos y arroyuelos del término, la historia a partir de lo que sucediera desde ahora en la ciudad, sin más añadido que un pasado inventado de opresión... Para no crear complejos ni traumas a los estudiantes, se suprimirían las calificaciones y exámenes, otorgándose la titulación final sin discriminaciones, cualquiera que fuere el resultado y nivel de estudios.

La sanidad, los asuntos sociales y las pensiones, serían derechos indiscutibles de todos los habitantes, cualesquiera que hubieran sido sus historias laborales y se otorgarían tales beneficios sin discusión ni enojosos trámites.

Un tema que suscitó bastante controversia, fue la supresión de toda fuerza coercitiva, lo que dio lugar a que muchos pensaran, no sin razón, que entonces no podría obligarse a los incumplidores de normas y a los delincuentes, a refrenar sus impulsos y sufrir el correspondiente castigo. Se llegó, entonces, a la conclusión de que la fuerza estaría representada por los tres mocetones que actualmente trabajaban como alguaciles en el Ayuntamiento. En cuanto al juzgador de faltas y

delitos, se designaría al de más edad de los habitantes, representado hoy por un anciano valiente que, en los momentos en que le dejaba su demencia senil, era genial en sus críticas, propuestas y decisiones, que suscitaban la admiración de quienes lo escuchaban y respetaban.

Otra cuestión largamente debatida fue el derecho a la vivienda. Todos coincidían en que era fundamental. Entre las propuestas surgió, por parte de Pedro, la idea de construir falansterios, como los inventados por los socialistas utópicos, pero a la vista del fracaso que en su día tuvieron, se decidió que cada cual se construyera la suya, en cualquier sitio del término que escogiera, con la ayuda y el apoyo económico del resto.

Pero, llegadas las propuestas aquí, surgió espontánea la más importante y difícil de las cuestiones: la financiación. En principio la cosa parecía fácil: se realizaría entre todos los habitantes censados, mediante reparto del gasto total. Mas pronto se puso de relieve que muchos eran insolventes, incapacitados o carecían de ingresos. Se decidió, entonces, el trabajo obligatorio, excepto para inválidos, según las habilidades de cada cual, señalando unos salarios en función de los rendimientos, lo que levantó agrias protestas de los menos fuertes o preparados y de los más cómodos o vaguitos.

Y a raíz del trabajo y su retribución, a Pablo se le ocurrió suprimir el dinero que, según demuestra la historia del mundo, ha sido causa de todos los males padecidos por la Humanidad, como guerras, enemistades, asesinatos, miserias y un larguísimo etcétera de abusos, calamidades y enfrentamientos. Debería, pues, volverse a la primigenia forma de pago: el trueque.

En principio la idea provocó entusiasmo, pues era una forma de eliminar la co-



dicia y el afán de acumular riqueza, dado que nadie tendría espacio suficiente para guardar innumerables objetos con los que efectuar intercambios.

Pedro, que era más reflexivo, tras horas de cavilación, fue descubriendo los inconvenientes de este sistema de comercio y financiación. Era muy difícil e implicaba excesiva pérdida de tiempo para encontrar a quien le interesara, por ejemplo, el saco de cemento que uno poseía y quería intercambiar con alguien dispuesto a desprenderse, a su vez, del azúcar y garbanzos por el primero buscados. Expuestas a la Asamblea estas dificultades, todos los asistentes comprendieron perfectamente el engorro. Entonces, como en las historietas de dibujos, se le encendió la lámpara de una idea genial.

–La cosa puede solucionarse con facilidad –dijo.

–¿Cómo? –preguntaron casi al unísono los concurrentes.

–En vez de transportar los objetos destinados al trueque, se firmarán unos papelitos representativos de ellos, con los que podrán adquirirse o venderse sin moverlos de sitio.

–¿Y si luego se niegan a entregarlos, o era mentira que los poseían? –inquirieron.

Nuevamente Pedro, apoyada la cabeza en las dos manos, como el pensador de Rodin, estuvo unos momentos meditando.

–¡Ya está! –exclamó entusiasmado.

–Los papelitos los emitirá la ciudad, firmados por el Presidente y estarán garantizados por la comunidad, que obligará a la entrega de lo representado por ellos. Así servirán, además, como medida de valor de las cosas y de los trabajos.

–¡Bravo! –gritaron todos, maravillados de su inteligencia.

No se dieron cuenta de que, en realidad, habían inventado, nuevamente, la moneda y sus maldecidas consecuencias. Otra originalidad consistió en la desaparición de la banca y sus prestaciones usurarias. En su lugar, quienes quisieran, podrían depositar sus ahorros en la Tesorería oficial, percibiendo una pequeña compensación

y, si lo precisaban, préstamos a bajo costo. Los beneficios o pérdidas, así como los gastos de funcionamiento de todos los servicios prestados a la colectividad, se repartirían o exigirían, anualmente, a todos los habitantes mediante el reparto antes acordado.

Aprobadas las normas esenciales para una convivencia separada del país al que aún pertenecían, correspondía ahora materializar la independencia del modo más pacífico y fácil posibles. Y lo primero, sin duda, era establecer contacto con el Estado para que, en cumplimiento del principio del “derecho a decidir” (fruto de sesuda elucubración filosófica), cediera todas las competencias que sobre la ciudad tenía a los políticos locales, libremente elegidos.

Lo segundo, más urgente para la mayoría, consistía en establecer claramente los límites del nuevo país –las fronteras– y colocar verjas de paso en las carreteras, caminos, ríos y accesos donde se cobrarían los derechos aduaneros que se impusieran. Después se solicitaría el ingreso en la ONU y en la OTAN. En ésta última como simple número, pues no podrían aportar, por no poseerlas, armas, aviones, carros de combate ni más fuerza que los mocetones antes referidos; si acaso sólo una canoa de plástico, que Pablo regaló a su hijo en el cumpleaños pasado, para navegar por el pequeño pantano.

Las medidas a tomar, hay que confesarlo, cuando se hicieron públicas a toda la población de Lucenya, fueron recibidas de muy distinto talante. Para unos era la plasmación de un ideal idílico, para otros un lío tremendo; para los que carecían de propiedades, un regalo del cielo que les ofrecía la posibilidad de obtener terrenos sobre los que edificar su vivienda; para los que tenían que desprenderse de algún bien, el camino hacia la pobreza generalizada.

Al cundirse la noticia, la ciudad se llenó de periodistas y curiosos, deseos de informarse in situ y de conocer a los grandes genios que habían programado la creación del nuevo país. Pedro y Pablo, principales protagonistas, fueron acosados, entrevistados y fotografiados hasta la extenuación. Sus imágenes y palabras se divulgaron

por todo el mundo y llegaron estudiosos desde los más apartados rincones, incluidos los inquietos japoneses, con sus cámaras siempre dispuestas a enfocar los objetivos sobre todas las cosas, paisajes y bichos vivientes.

Y ocurrió, dado lo claro y comprensible del principio del “derecho a decidir”, que la idea de su aplicación se extendió, como una epidemia, por todas las naciones de este loco mundo y cada caserío, cada aldea, cada pueblecito, cada región, hartos de sus mandamases mangantes, trató de implantar el sistema, con lo que estuvo a punto de deshacerse la organización universal. El Consejo de Seguridad de la ONU, por unanimidad (esta vez con el entusiasmo y aplauso de Rusia, China y demás naciones siempre discrepantes) decidió la intervención de las fuerzas armadas de los países miembros, incluida la OTAN, para cortar de raíz lo que calificaron de desastre. Y de repente, un día inesperado, monstruosos tanques, enormes vehículos, helicópteros, aviones sobrevolando y oscureciendo el luminoso cielo de verano, marines y fuerzas especiales de asalto en número que doblaba a los habitantes, cercaron la ciudad, entraron en la sede de su gobierno local, detuvieron a todos sus miembros, y pese a las furibundas sentencias verbales del vejete juez, que amenazó a los invasores con cadenas perpetuas, y a la leve oposición de los mocetones alguaciles, detuvieron a Pedro, Pablo y resto de los elegidos, se los llevaron a una isla desierta en la que sólo existían montaraces cabras, internaron al valiente y caduco juez en un manicomio y todo volvió a la vida cotidiana mundial, incluidas las guerras, las luchas religiosas, las discrepancias en el Consejo de Seguridad, el hambre, la miseria y las crisis económicas.

La realidad de una sociedad gestada a lo largo de milenios, se impuso a cualquier novedad, como siempre, y a todos les pareció lógico, juicioso e inevitable.